

de alto y 6 de ancho. ⁽¹⁾ Los restos que todavía se encuentran y que alcanzan á veces 21 metros de longitud por 5 de anchura, ⁽²⁾ prueban que estas cifras no son exageradas. Y estas piedras estaban trabajadas con tal esmero y precisión, en la cantera de donde se extraían, que no se oía jamás un martillazo en el sitio en que eran emplazadas para levantar el edificio. ⁽³⁾

Cuando así se construía, ¿quién no hubiese llamado loco á un profeta que, cómo Jonás, se hubiese levantado de repente en medio de aquella magnificencia y hubiese exclamado: «Día vendrá en que toda esta majestad caerá por los suelos, en que todo este arte se reducirá á polvo?»

Sin embargo, esto fué lo que ocurrió, y muy pronto. Tebas, la de las cien puertas, ⁽⁴⁾ la ciudad más antigua del mundo, ⁽⁵⁾ la cuna de la astronomía y de la filosofía, ⁽⁶⁾ ya casi no valía la pena, por decirlo así, de mencionarse. ⁽⁷⁾ Nínive había reinado 1200 años sobre el mundo, y puesto á contribución á todos los pueblos conocidos; podía levantar un ejército de dos millones de hombres, ⁽⁸⁾ y, por el inmenso botín arrebatado á todos los pueblos vecinos, se había convertido en la primera ciudad del mundo. Su recinto tenía 480 estadios de extensión; sus muros, revestidos de mármol y alabastro, ⁽⁹⁾ tenían 100 pies de elevación, y eran tan anchos, que por ellos podían avanzar de frente tres carros. 500 torres de 200 pies de altura le daban mayor seguridad aún. ⁽¹⁰⁾ Pues bien, en tiempo de Jenofonte, esta gigantesca fortaleza, de tal modo había caído en decadencia, que ya no formaba más que un montón de rui-

(1) Jos., *Ant.*, XV, 11 (14), 3.

(2) Tobler, *Topographie von Jerusalem*, I, § 3 y sig.; Robinson, *Palæstina*, I, 386, 303, II, 61 y sig.; Guérin, *La Terre Sainte*, 447.

(3) III Reg., VI, 7.

(4) Homero, *Il.*, IX, 381 y sig.

(5) Diodoro, I, 50, 1.

(6) Strubón, XVII, 1, 46; Diodor., *loc. cit.*

(7) Pausanias, VIII, 33, 2.

(8) Ctesias, *Fragm.*, 6 (Diodor., 2, 5, 4).

(9) Kugler, *Kunstgesch.*, (3) I, 62. Pauly, *Real Encykl.*, V, 244.

(10) Diodor., II, 3, 3.

nas innominado, hasta el punto de que el general griego no sabe llamarla de otro modo que con el nombre de las ruinas que hay cerca de la ciudad de Mespila. ⁽¹⁾

Babilonia había sido semejante en grandeza y magnificencia, ⁽²⁾ y además había superado á todas las otras ciudades de Oriente como centro de las artes y de las ciencias. Pues bien, de esta ciudad, cuya posición había sido considerada, durante siglos, por todos los conquistadores como llave y prenda de dominación universal, sólo quedaban muros en ruinas. ⁽³⁾ Arruinada estaba Ecbatana, con sus techos de oro y de plata, ⁽⁴⁾ arruinada Persépolis, y Pasargarda, y Susa, y Tiro, la reina de los mares, y Sidón, su rival, y arruinada y aun aniquilada Cartago, ante la que había temblado con tanta frecuencia el poderío de Roma, Cartago, que había enviado contra Roma una escuadra de 350 galeras con más de 150.000 soldados. ⁽⁵⁾ En vista de esto, ¿qué grandeza puede vanagloriarse de una duración sin ocaso? ¿Qué poder puede responder de que está lejos de su fin? ¿Por qué medios el mundo podría alejar de sí el agotamiento y la ruina?

5. Retroceso de la cultura intelectual de la antigüedad.—¿Podría, acaso, ocurrir esto por un florecimiento mayor de la cultura intelectual? Pero la causa de la ruina de su grandeza y de su pujanza externas es precisamente el haber perdido toda fuerza interior para mantenerse en adelante á la altura á que se había elevado otras veces. En estas condiciones, ¿cómo podía realizar nuevos progresos? Las conquistas materiales tienen siempre cierta vitalidad ulterior, aunque hayan perdido el espíritu que las animaba, del mismo modo que la rueda sigue su marcha,

(1) Jenof., *Anab.*, III, 4, 10; Pauly, *Real Encykl.*, V, 650.

(2) Herodoto, I, 178; Diodor., II, 7 y sig.; Curcio, V, 1; Filostrato, *Apolon.*, I, 25, 1; 39, 1; Clitarco, *Fragm.*, 4 (Müller, *Script. Alex. Mag.*, p. 77); Abideno, *Frag.*, 8 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, IV, 284); Eusebio, *Præp. evang.*, IX, 41; Philo Byzant., *Septem mirab.*, V, 2.

(3) Pausanias, VIII, 33, 3.

(4) Herodotc, I, 98, 8.

(5) Polibio, I, 25, 9; 26, 8.

aun cuando la mano que la había puesto en movimiento no le comunique ya impulso alguno. Así, el mundo antiguo, considerado desde el punto de vista de la civilización exterior, continuó su carrera durante siglos, retardando el movimiento, hasta que, en tiempos de Trajano, se detuvo y con Marco Aurelio marchó rápidamente á su ruina. El desarrollo intelectual de la antigüedad había llegado á su más alto grado de esplendor con Pericles y Platón y terminó con Alejandro y Aristóteles.

Ya antes de Aristóteles, agitaba á los filósofos griegos la idea de que los frutos de las facultades humanas no estaban lejos de agotarse. El mismo Aristóteles, que no pensaba así, tuvo que confesar que no transcurriría mucho tiempo sin realizarse aquel presentimiento. ⁽¹⁾ La fecundidad creadora terminó en la época de Pericles, y difícil sería señalar qué novedad importante produjo el mundo antiguo á partir de aquel momento. Siguió á aquel período otro de colecciones, correcciones y comentarios. El arte degeneró en sutileza y afectación; la imitación y el plagio reemplazaron al genio creador; la erudición y, más tarde, la pedantería sustituyeron á la poesía y á la elocuencia, la filosofía cambióse desde luego en manía de discutir, en juegos de imaginación, en parodia, y luego en eclecticismo, para acabar en el escepticismo y la insensibilidad.

En verdad que no se ve lo que el espíritu de la humanidad, abandonado á sí mismo y privado de auxilio superior, hubiese podido hacer aún. En el campo de la ciencia, no era posible superar á Aristóteles; en el del arte, Fidias reinaba con imperio absoluto; Demóstenes había elevado el arte oratorio al último grado, y, en la política, Roma podía desafiar á cualquier otro Estado. Alejandro había derribado todas las barreras, y, con su espíritu gigantesco, había fundido en una sola masa líquida los elementos más diversos. Los romanos vertieron esta pasta fermentante del globo entero en un molde, y de tal modo la amasaron,

(1) Cicerón, *Tuscul.*, III, 28. Lactancio, III, 28.

que cada uno hubiera podido meterla toda entera en el hueco de su mano.

Si hubiese sido posible una elevación mayor, hubiese ocurrido precisamente en la época en que el mundo comenzó á retrogradar, porque nunca la situación fué más propicia. La facilidad con que todos podían apropiarse la totalidad de la cultura del mundo, es cosa increíble y única en la historia. Hoy, la suma de los medios de instrucción está desparramada en muchos puntos, y ¡cuántos trabajos son necesarios para reunir una parte aquí y otra allá! Entonces, todo lo que el mundo ofrecía en materia de ciencia, de instrucción, de experiencia y cultura, estaba concentrado en tres puntos: Roma, Atenas, Alejandría.

Los tesoros de libros reunidos en estas ciudades, y sobre todo, en las dos bibliotecas de Alejandría, eran ciertamente prodigiosos. ⁽¹⁾ Séneca dice que en el incendio de esta ciudad en tiempo de César, perecieron 400.000 volúmenes. ⁽²⁾ Las suposiciones según las cuales el número de libros se elevaba á más de 500.000, y quizás á 700.000, no son increíbles. Los 200.000 volúmenes que Antonio envió allí de su biblioteca de Pérgamo, poco después del incendio, compensaron algo esta pérdida. ⁽³⁾

A las bibliotecas públicas se añadían aún numerosas bibliotecas privadas, por cuanto los vencedores romanos volvían de sus conquistas, no sólo con tesoros artísticos, sino también literarios. Así lo hicieron Asinio Polión y Lúculo, los cuales pusieron desde luego al servicio del público el botín arrebatado al enemigo. Sila saqueó la biblioteca de Éfeso, ⁽⁴⁾ y la de Atenas. ⁽⁵⁾ Epoca hubo en que se hizo de moda poseer una gran biblioteca, ⁽⁶⁾ y Luciano escribió una sátira contra esta manía. Un hombre tan gro-

(1) Pauly, *R. E.*, I (2), 746, 1864. 2374 y sig. V (1), 1648; VI, 200, 540.

(2) Séneca, *Tranquill. an.*, 9.

(3) Plutarco, *Anton.*, LVIII, 3.

(4) Plutarco, *Sulla*, XXVI, 1, 2.

(5) Luciano, *Sat.*, LVIII, 4.

(6) Séneca, *loc. cit.*

sero como Trimalción poseía tres bibliotecas, ⁽¹⁾ y Sereno Sammónico tenía para él solo 62.000 volúmenes. ⁽²⁾

Bastaba levantarse y abarcarlo todo, como suele decirse, de una ojeada: no había más que tender la mano para apoderarse de aquellas riquezas. A pesar de ello, y en circunstancias tan favorables, no sólo la época no producía nada elevado, sino que ni siquiera era capaz de hacer lo que en otro tiempo había realizado en circunstancias incomparablemente más difíciles. Censurarla por ello sería injusto, porque en materia de esfuerzos no se mostraba inferior á los tiempos primitivos. Mas la verdad exige declarar que el punto culminante de la cultura estaba ya franqueado, que se había hecho lo que era posible hacer, y que la energía para continuar la marcha estaba agotada. Todo lo que produjeron aquellas circunstancias, únicas en su género, fué una floración fugaz y mínima en comparación con las civilizaciones anteriores, una floración que no fué, propiamente hablando, más que una imitación efímera de la cultura extranjera, pues esto, y no otra cosa, es el siglo de Augusto.

Así se explica porqué, precisamente en el siglo de Pericles, los mejores y más celosos griegos, no satisfechos de la cultura de su patria, sentíanse poseídos del deseo irresistible de emigrar á países extraños, en particular al Oriente.

Ya antes, todos los hombres notables desde el punto de vista intelectual, Solón, ⁽³⁾ Licurgo, ⁽⁴⁾ Pericles, ⁽⁵⁾ Tales, ⁽⁶⁾ Pitágoras, ⁽⁷⁾ Demócrito, ⁽⁸⁾ Herodoto, habían procurado

(1) Petronio, *Satyr.*, 48.

(2) Jul. Capitolin., *Giordan.*, 16. Spartian, *Geta*, 5.

(3) Herodoto, I, 30. Plutarco, *Solón*, XXVI.

(4) Plutarco, *Lycurg.*, IV.

(5) Eusebio, *Præp. evangel.*, X, 4. Josefo Flav., *Apion.*, I, 2.

(6) Diogen. Laert., I 27. Plutarco, *Septem sap. conv.*, 2. *De placit. philosoph.*, I, 3, 1.

(7) Isócrates, *Busiris*, (11) 28. Cicerón, *Fin.*, V, 29. Diogen. Laert., VIII, 3. Porfirio, *Vita Pythag.*, XI, 12. Valerio Máximo, VIII, 7, 2. Jámblico, *Vita Pythag.*, III, 13 y sig.

(8) Alian., *Var. hist.*, IV, 20. Diogen. Laert., IX, 34.

apropiarse la sabiduría y experiencia de los orientales. Es este un hecho de la mayor importancia. Con mucha frecuencia se exagera excesivamente la influencia de Grecia en el desarrollo de la civilización, porque no se tiene en cuenta que bebió casi por completo los elementos de ésta en países extraños. Sumamente difícil sería precisar lo que los griegos inventaron por sí mismos. Sin duda fueron los joyeros de la civilización antigua, y esto es lo que quedará de su gloria; pero buscaron en Oriente el oro y las piedras preciosas. «Cuando los griegos tomaban—dice Platón—sus conocimientos astronómicos de Egipto y Asiria, la única ventaja que en general les añadían, consistía en perfeccionar lo que de los bárbaros recibían». ⁽¹⁾

A medida que transcurría el tiempo, aumentábase en ellos la sed de aquella más perfecta y más satisfactoria sabiduría que sólo el Oriente podía proporcionarles. De esto es Platón un ejemplo notable. ⁽²⁾ Sin vacilación alguna puede afirmarse que era una convicción general entre los griegos que, no sólo toda sabiduría, toda ciencia y todo arte procedían de Oriente, ⁽³⁾ sino que el Oriente era superior en todo al Occidente. ⁽⁴⁾ El mismo Pirrón el escéptico, poniéndose así en contradicción con su sistema, buscó en Oriente lo que negaba en su patria. ⁽⁵⁾ Pero cuando Alejandro abrió un nuevo é inmenso mundo á la curiosidad y avidez de los griegos, dos cualidades que en alto grado poseían, su pasión por los viajes tomó un impulso muy grande. Hasta entonces sus países favoritos eran Egipto, Asia Menor y Babilonia; pero, á partir de esta época, y so-

(1) Platón, *Epinosis*, 987, a. e.

(2) Cicerón, *Fin.*, 5, 29. *Republ.*, I, 10. Quintiliano, I, 12. Valerio Máximo, VIII, 7, 2. Filostrato, *Apoll.*, I, 2, 1.

(3) Aristóteles, *Fragm.*, 104 (Heitz). Diog. Laert., I, 1, 6 y sig. Strabón, VII, 3, 5. Scammon, *Mytilen. Frag.*, 5 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, IV, 490 y sig.). Clemente Alex., *Strom.*, I, 16, 74 y sig. Josefo Flav., *Contra Apion.*, I, 2.

(4) Herodoto, II, 77, 1: 121, 21; 160, 1. Isócrates, *Busiris*, (11) 17 y sig., 21 y sig., 24 y sig. Platón, *Timæus*, p. 24 b y sig. Plutarco, *Solon*, XXVI, 2. Diodor., II, 29. Porfirio, *De abst.*, IV, 6 y sig. Plinio, VI, 22 (19), 2. Eusebio, *Præp. evang.*, X, 1 y sig.

(5) Diogen. Laert., IX, 61.

bre todo, desde que Seleuco Nicator, después de la guerra con el gran rey Tschadragrupta de Palimbathra, hubo extendido su imperio hasta la India, y entablado con este país relaciones pacíficas y duraderas, inundaron el Oriente con sus emigraciones. Los persas con su religión misteriosa, los enigmas geográficos, zoológicos y etnográficos de los indos, y sobre todo, los filósofos indos, los brahmanes y los budistas, fueron entonces para ellos objeto de la más viva atención. Empieza en aquel tiempo la serie casi no interrumpida de obras históricas y relaciones de viajes sobre estas regiones, la cual, desde Ctesias, Megástenes, Daimaco y Patroclo, llega hasta los innumerables geógrafos de los últimos tiempos de Roma, obras todas de inestimable precio para la historia de la civilización de la antigüedad.

Pero en semejantes circunstancias, la estimación de las obras propias disminuía en la proporción en que aumentaba la de las producciones extranjeras. Entre los grandes errores sobre la antigüedad todavía de moda, hay que contar la opinión de que los griegos hacían mucho caso de su propia sabiduría. Sin duda que de ella se vanagloriaban ante los extranjeros, pero, á corta diferencia, procedían como esos hombres que se enorgullecen ante los extraños del lujo de sus mujeres, en tanto que en sus casas no cesan de gemir y renegar. Jactarse de una cosa, no es lo mismo que honrarla ó respetarla. Pues bien, los griegos honraban y respetaban muy poco su filosofía.

Los sofistas, planta exclusivamente griega, como los enciclopedistas son producción exclusivamente francesa, habían provocado un desprecio general por la filosofía ⁽¹⁾ y, según la expresión de Platón, un verdadero odio contra el pensamiento. ⁽²⁾ Los grandes filósofos, como Sócrates, Platón y Aristóteles, no lograron desvanecer aquel desdén. Conocemos el fin que tuvo Sócrates. Aristóteles co-

(1) Platón, *Republ.*, VI, p. 535 e. *Protagor.*, VIII, 316 e; XXVIII, 342, 343. *Meno*, XXIX, 92 a. b. Isócrates, *Busiris*, (11) 49.

(2) *Μισολογία*, Platón, *Phædon*, 39, 89 d.

rió el mismo peligro de muerte, y hubiera acabado como aquél, si á tiempo no hubiese abandonado á Atenas, «porque—decía con amargura—no quería que los atenienses cometiesen un nuevo crimen contra la filosofía». ⁽¹⁾ El mismo Aristóteles apenas fué conocido en la antigüedad; sólo apreciaba su valor un reducido número de filósofos, y los oradores no se cuidaban de él ni poco ni mucho. ⁽²⁾ La grandeza, la perspicacia y la extensión de su espíritu eran inaccesibles al mundo antiguo, y la fría perseverancia con que profundizaba las cuestiones más difíciles era completamente extraña á la antigüedad; tan poco se inquietaron de las obras que dejó á su muerte, que, durante siglos, permanecieron completamente olvidadas, hasta el punto de que hubieran perecido por completo, ó hubieran quedado reducidas al estado fragmentario, ⁽³⁾ si una época muy alejada de él y más conforme con su espíritu, la Edad Media, no hubiese sabido apreciarlas.

Platón, el divino, tampoco fué mucho más conocido de sus compatriotas. De ello se quejaba él mismo. ⁽⁴⁾ Ciertamente que lo leían los filósofos, pero, á decir verdad, nadie más. ⁽⁵⁾ Sin embargo, leer no es lo mismo que apreciar, y así, un hombre de la importancia de Lisias contáballo entre los sofistas y lo colocaba al nivel de Esquines. ⁽⁶⁾ Para los estoicos, Platón carecía de elevación, y Aristóteles hacía demasiado caso de los sentimientos humanos. ⁽⁷⁾

Más no sólo el pueblo, de quien los cómicos ⁽⁸⁾—particularmente Aristófanes en las *Nubes*—se hacían sus corifeos, hablaba mal de los filósofos, sino también espíritus

(1) Aristóteles, *Frag.*, 654 (Heitz), Paris, IV, II, 327.

(2) Cicerón, *Topic.*, 1.

(3) Strabón, XIII, 1. 54. Plutarco, *Sulla*, 26, 1. Posidonio, *Fragm.*, 41 (Müller, *Frag. hist. Græc.*, III, 269 b).

(4) Platón, *Republ.*, VI, p. 487 d. 489, d. 495, c.; 7, p. 535, c.; 536, c.; *Apolog.*, 40.

(5) Orígenes, *Cont. Cels.*, VI, 2.

(6) Lysias, *Fragm.*, 276 (*Orat. Att.*, ed. Müller, 1858, II, 301).

(7) Orígenes, *Contra Cels.*, I, 10.

(8) Diogen. Laert., III, 26 y sig.

más nobles, como Isócrates, ⁽¹⁾ Lisias, ⁽²⁾ Apiano, ⁽³⁾ Diodoro, ⁽⁴⁾ Estrabón, ⁽⁵⁾ compartían con él sus sentimientos de desprecio. Otra prueba de que la filosofía no despertaba gran interés, consiste en el corto número de obras que restan de esta ciencia, no obstante la gran cantidad que de ellas se escribieron. Evidente es que los epigones de la filosofía, los epicúreos y los hedonistas, ó los cómicos y los parásitos de esta ciencia, los estoicos y los cínicos, no eran gentes capaces de darle gran consideración á los ojos del mundo. ⁽⁶⁾

Así se explica que los romanos, cuya inteligencia era mucho más práctica, trataran con desprecio, como juego indigno del hombre, ⁽⁷⁾ y persiguieran con severísimas medidas de rigor ⁽⁸⁾ á la filosofía griega, desde que empezaron á conocerla. «Quien declama contra la filosofía—dice Cicerón—está seguro de tener á su lado la opinión pública». ⁽⁹⁾ En los últimos días del Paganismo fué más considerada la filosofía, y esto por dos razones.

En primer lugar, cuando la angustia general hubo forzado á los espíritus á entrar en sí; entonces vieron los filósofos elevarse para ellos un período de honor, como ocurrió á fines del siglo XVIII, antes de la erupción del gran trastorno social. No quiere esto decir que el pueblo, ⁽¹⁰⁾ ó siquiera la masa de gente instruída, ⁽¹¹⁾ le fuese favorable; sólo los grandes, cuyas cabezas estaban especialmente amenazadas por la tempestad general, procuraban ha-

(1) Isócrates, *Ad Nicocl.*, (2) 50. *Helena laud.*, (10) 1 y sig. *Contra Soph.*, (13) 9 y sig.

(2) Lysias, *Accusatio obtrect.*, (8) 11.

(3) Appian, *Bell. Mityridat.*, 28.

(4) Diodor., II, 29, 5, 6.

(5) Strabón, I, 2, 8.

(6) Cf. Cicerón, *Natur. deor.*, III, 2.

(7) Tácito, *Agricola*, 4. Suetonio, *Nero*, 52. Quintiliano, XII, 2 y sig.

(8) Plinio, *Ep.* III, 11. Filostrato, *Apollon.*, 4, 35, 36, 47; 7, 4, 2. Suetonio, *Vespas.*, 13, 15. Ad. Schmidt, *Denk. und Glaubensfreiheit in ersten Jahrh.*, 338-403. Aube, *Historia de las persecuciones de la Iglesia*, (2) I, 139, 147, 155 y sig.

(9) Cicerón, *Tuscul.*, II, 1. Cf. V, 2.

(10) Persio, III, 79.

(11) Séneca, *Quest. nat.*, VII, 47. *Ep.* 108, 22.

llar consuelo y constancia en la filosofía. ⁽¹⁾ La inmensa mayoría le fué siempre hostil y le tenía miedo, como los niños temen á los espectros. ⁽²⁾

Pero la razón principal del aprecio en que, de repente, se tuvo á la filosofía fué, no el interés que ofrecía, sino el miedo al Cristianismo. Los esfuerzos hechos para oponer, al Fundador del Cristianismo, taumaturgos y redentores paganos, como Vespasiano, ⁽³⁾ Marco Aurelio, ⁽⁴⁾ Apolonio de Tiana y Proclo, y á los santos cristianos, honrados filósofos, como Demonax, fueron completamente infructuosos. Todos comprendían que se necesitaba algo más pesado para contrabalancear la nueva doctrina que el mundo abrazaba con fuerza irresistible. De aquí aquella vuelta súbita y entusiasta hacia Pitágoras y Platón, cuyas doctrinas fueron atemperadas á las nuevas ideas judías y cristianas, y cuyas personas fueron envueltas en nubes de mitos, de tal suerte, que es fácil de ver en ello el designio de destruir por este medio el encanto de que se hallaban rodeadas la persona y las doctrinas de Cristo. ⁽⁵⁾ Sabido es que la novela que sobre Apolonio escribió Filostrato, á ruegos de la emperatriz Julia, esposa de Alejandro Severo, no tenía otro objeto que eclipsar las enseñanzas y milagros de Jesucristo con palabras y acciones mayores todavía. ⁽⁶⁾ Sin duda alguna, el mismo objeto perseguía la vida de Pitágoras por Jámblico, ⁽⁷⁾ la vida de Proclo por Marino, y la de Demonax por Luciano. ⁽⁸⁾

(1) Plinio, *Ep.* I, 15. *Panegy. in Traj.*, 47. Spartian., *Hadrian.*, 14, 15. Filostrato, *Apoll.*, VII, 20, 1; 32, 3. Jul. Capitolin., *Antonin.*, 11.

(2) Clemente Alej., *Strom.*, VI, 10, 80.

(3) Tácito, *Hist.*, IV, 81, 82. Suetonio, *Vespas.*, VII.

(4) Jul. Capitolin., *Marc. Aurel.*, 24.

(5) Orígenes, *C. Cels.*, VI, 2 y sig., 6 y sig., 16; 7, 28; 2, 55 y sig.

(6) Pauly, *Real Encykl.*, I, (2) 1317; V, 1531.

(7) Kellner, *Hellenismus und Christenthum*, 256 y sig.

(8) Cf. cap. III con Juan, XIII, 15; Act. Ap., I, 3; cap. VII con Matth., XII, 19; IX, 2 y sig.; cap. VIII, con II Cor., VI, 10; VIII, 9; IX, 11; y II Cor., IV, 17; Rom., VIII, 18, cap. IX con Eph., II, 14 y sig.; Col., I, 10; Is., IX, 6; Matth., XII, 42; cap. X, con Juan., XI, 14 y sig.; Gal., VI, 10; Luc., IV, 22; Psalm., XLIV, 3; cap. X con la Pasión de Cristo; con Juan, XI, 48; XII, 19; VII, 48; XII, 42; VIII, 59; X, 31; XI, 8.—Cf. además Orígenes, *Contra Cels.*, II, 3 y sig.